

GONZÁLEZ TREVIJANO, Pedro: *La Mirada del Poder*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004, 454 pp.

ENRIQUE ARNALDO ALCIBILLA (*)

El poder es el hilo conductor de la historia de la humanidad. Es la aorta de las relaciones sociales. Es, en fin, una cualidad inherente a la realidad misma. Como escribe David BALDWIN («Paradoxes of power») el poder es inevitable en el conjunto de sus manifestaciones que llenan nuestra vida cotidiana. Al intentar su conceptualización nos encontramos con que tiene una naturaleza huidiza, casi mágica. Todo puede llegar a explicarse mediante el poder, por el poder y para el poder –señala LABOURDETTE («El poder. Hacia una teoría sistemática»)– y sin embargo «cuando nos acercamos a su naturaleza, ésta parece disiparse hasta, volátil, desaparecer».

Desde luego, el poder apela a la voluntad («la voluntad de poder» en palabras de NIETZSCHE), a la capacidad de control o de mando pero también al comportamiento conforme, al seguimiento, a la obediencia. Han de sumarse, pues, las concepciones sustantiva y relacional como hace, por ejemplo, Bertrand RUSSELL («Power: a new social analysis») al definir el poder como «la capacidad para producir los efectos deseados». O, como lo entiende Max WEBER («Economía y Sociedad»): «la facultad o posibilidad de obtener obediencia dentro de una relación social, cualquiera que sea su fundamento». Ello no ha de impedir la marginación del elemento finalista o relacional del poder: el poder para algo («power to»): el bien o interés general, la libertad, la justicia, la satisfacción de las necesidades humanas, la integración, la armonía. El

(*) Letrado de las Cortes Generales. Profesor Titular de Derecho Constitucional de la URJC.

poder no es un fin en sí mismo, como bien explicara GALBRAITH («La anatomía del poder»). Pero la visión conflictual o coercitiva como, en su extremo contrario, la consensual nos conducen a un unilateralismo inasumible.

Esta concepción integracionista del poder está en el punto de partida de «La mirada del poder», la originalísima obra de Pedro GONZÁLEZ-TREVIJANO, que acaba de ver la luz en una cuidadísima edición. A su completa formación como constitucionalista une un profundo conocimiento de la historia y uno no menor del arte, sobre todo de la pintura. La suma es este libro excelente con vocación de permanencia, que huye de lo efímero, de lo coyuntural, para ser un imprescindible referente de los que gustan por la política y por el arte mediante una hilazón viva y viviente a través de sus protagonistas, del bajomedievo a nuestros días.

Pedro GONZÁLEZ-TREVIJANO nos revela la biografía de los grandes nombres de la historia de los diez últimos siglos –uno por centuria– a través de sus imágenes o retratos, pictóricos o escultóricos, que normalmente encierran –enmarcan, nunca mejor dicho– al hombre en su contexto, en su orteguiana circunstancia. Nos cuenta, en suma, la historia a partir de las imágenes que nos permiten visualizar y reinterpretar al personaje. Carlos V nos habla a través de Tiziano como la hace Richelieu en los óleos de Philippe de Champaigne o Napoleón Bonaparte en las reproducciones de Gros o de David. La pluma de GONZÁLEZ-TREVIJANO nos acerca a estos tres y a otros siete hombres de Estado –uno por siglo, desde el XI al XX– a través del pincel de sus retratistas, cuyos mensajes son material histórico de primer orden. Al hacerlo el propio autor se convierte en retratista, más que en biógrafo.

Como acertadamente sostiene Carmen IGLESIAS en su brillante prólogo, la historia se mide por individuos concretos: «Hace muchas décadas que el péndulo de la historiografía canceló el dogmatismo de considerar la historia humana como una serie de procesos sin sujeto, de “fuerzas” impersonales de la historia, para volver a admitir a los individuos concretos en su dimensión social ... Se trata de recuperar a los hombres y mujeres concretos que protagonizan la historia en la etapa que les toca vivir, en su complejidad; de recuperarlos en la interrelación

de fuerzas y azares que les vienen dados y también en las actuaciones que, dentro de un abanico más o menos amplio de posibilidades, los humanos deciden y modifican su entorno físico y social».

Reivindicar el individuo frente a la masa, hoy que se pontifica con los colectivos, puede no resultar políticamente correcto, puede incluso parecer arriesgado, pero no deja de ser certero. El ejercicio del poder político por las más sobresalientes estadistas del último milenio, a través de las representaciones artísticas que de los mismos nos han llegado, nos es narrado por GONZÁLEZ-TREVIJANO con sencilla erudición, con apreciable elegancia, pero con naturalidad, con facilidad. Es un libro que se lee con pasión, la misma que ha puesto el autor; que nos enseña, del que aprehendemos la historia de los últimos diez siglos, no una historia deformada o interesada, sino teñida de autenticidad.

Cada una de las centurias es personificada por un hombre (quizás ello no sea tampoco políticamente correcto en el reino de la artificiosa paridad), elegido con cuidado, como símbolo de cada período. Un hombre con capacidad de mando y de obediencia al servicio de la comunidad, cuya huella marcó el siglo; a cuyo partir hay una antes y un después. No es una historia de los ideólogos del poder, de quienes representan la concepción del poder como un medio para un fin, de Maquiavelo a Hobbes, de Vitoria a Montesquieu, de Locke a Carl Schmitt o Bertrand Russell. Es la historia de quienes escriben la historia política, no la de las ideas; de quienes representan la voluntad y la energía, la ambición y el riesgo, la fortaleza y la decisión. En sus imágenes, en sus retratos, sus ojos transmiten su fuerza, su pasión, sus perjuicios, sus creencias y también sus gustos. El anónimo flamenco de *Fernando el Católico* nos muestra a un monarca «consciente de su alta magistratura pero no denota la más mínima altivez... transmite templanza de ánimo y espíritu decidido... nos sugiere un personaje real. ¡Qué distintos, incluso extraños, resultan sus valores estéticos y la buscada carga simbólica de la presente obra del Rey Fernando con el realizado por el gran Alberto Durero del Emperador Maximiliano I, incluso unos años antes»(p. 163). El cuadro del artista alemán Emmanuel Leutze de *Washington cruzando el río Delaware* plasma de forma hercúlea y romántica el paso del río, habiéndosele denominado por esto «retrato de patriotismo» (p. 334).

En fin, hemos descubierto ya a la mitad de los protagonistas, seleccionados discrecionalmente. Ninguno, sin embargo, es con facilidad sustituible. Uno es de origen oriental –quizás lo vuelva a ser el que dé nombre al siglo XXI–, el «poderoso señor» Gengis-Kan, cuyo sello imperial rezaba: «Dios en el cielo; el Ka-kan potencia de Dios, en la Tierra. Así ordena el Emperador de la Humanidad» (p. 45). Tres de ellos son españoles, el Rey Sabio Alfonso X, Fernando el Católico y Carlos V, que, en los lienzos de Tiziano, nos muestra «la energía y firmeza de carácter de los llamados a mandar en los asuntos públicos» (p. 216). Hay también un italiano, y además Papa, Gregorio VII, quien nos rememora la tensión Papado e Imperio, la lucha de las dos espadas. Y tres franceses, Felipe IV el Hermoso, quién da vida al siglo XIII, cuyos panegiristas le muestran como «el gran artífice del poder centralizador y aglutinante de la monarquía francesa frente a la nobleza y el papado, gobernante docto de singular capacidad de dirección; dureza de carácter, liderazgo y mando indiscutibles» (p. 126). Pero, sobre todo, Richelieu y Napoleón Bonaparte. El retrato en que el primero posa de pie –que figura en la portada del libro– como los Reyes y Príncipes más poderosos, con su púrpura cardenalicia, nos muestra a Richelieu elegante y desafiante, «con toda su gloria y esplendor mundano»; «es la representación más depurada de la *dignité*, la dominación y el desafío» (p. 273), más temido que cercano. El ejemplo de dictador que para Schmitt fue Napoleón se nos muestra a los ojos de David como un hombre de acción, como un héroe, como un hombre de Estado.

Hay, en fin, un norteamericano, el primer presidente de los Estados Unidos, George Washington, cuyo retratos responden a una no oculta voluntad de integración en la categoría de los mitos políticos, que unifican, trascienden y centralizan la vida de una nación (p. 317). Y un inglés, el que cierra el libro, Winston Churchill, el estadista más representativo y simbólico del siglo XX, estandarte de la pasión romántica por la política en estado puro, de la voluntad de hierro, hombre de alientos y desalientos en su «excepcionalmente larga vida pública», hombre, también de «perfiles tan arrolladores y polifacéticos» que le siguen convirtiendo en referente máximo de nuestra civilización, fundada en los valores de libertad y democracia, los que él defendió con energía; «con ardor y confianza», como él mismo dijo en la Cámara de los Comunes el 13 de mayo de 1940.

A través de los diez conocemos los avatares de los diez siglos de la historia occidental. ¿Quién merecerá una reedición actualizada para representar el siglo XXI? Puede, incluso, haber nacido ya. En todo caso no hay que aguardar a que nos sea desvelado ese personaje para leer el libro de Pedro GONZÁLEZ-TREVIJANO, una obra imprescindible, madura, completa, cerrada, plena de gusto estético y literario, de excelencia.